

papel, ó si se quiere comparación más poética, lo que la Sibila al ocupar la tripode, procurar olvidarse á sí mismo, para revestirse del artificial carácter que á su literario propósito cuadra.

Luego el ingenio tiene, como los astros, sus apogeos y sus declinaciones; como la humanidad, sus bacanales y sus arrobamientos; como el cuerpo en que habita, sus horas de vigor y sus momentos de flaqueza. Las vicisitudes de la vida, además, las circunstancias del momento, á cuya influencia ningún mortal puede sustraerse, las ideas, los sentimientos, el gusto, las precauciones de la época en que el escritor florece, son otros tantos elementos que muy poderosamente influyen, y es inevitable que influyan en sus obras, modificando siempre, y con frecuencia alterando fundamentalmente el reflejo que de la personalidad del autor quiere buscarse en sus obras.

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

(Ilustración Española y Americana.)

EL INDIANO

Si Dios en sus justas iras no hubiera roto las cataratas del cielo y levantado los mares sobre el nivel de la tierra; si Isabel la Católica no hubiera cedido á las súplicas de un extranjero que mendigara de trono en trono algo de protección en cambio de un nuevo mundo, no habría en España á quien aplicar con exactitud la calificación de Indiano. Noé, demostrando desde el arca á sus descendientes cómo podían surcarse las olas con el auxilio de frágiles leños; Flavio Gioia, regalando á los navegantes desde el bello recinto de Amalfi su portentoso invento de la brújula para que sin temor alguno se desviasen de las costas; Colón, señalando á sus compañeros de viaje regiones desconocidas desde la popa de sus carabelas; Diego Velázquez, Hernán Cortés y Francisco Pizarro, con la conquista y gobernación del territorio de América, prepararon al Indiano el teatro de sus glorias, la palestra de sus aventuras. Y, sin que haya vuelta de hoja, la existencia del tipo que nos ocupa va unida á la historia de tan insignes

sucesos y de tan altos personajes, como el estío al otoño, como la almeja á su concha, como el dolor á la vida.

No teman mis lectores que, prevalido de la voz Indiano, les retrate en bosquejo á un sucesor de Moctezuma ó de Atabaliba, que haya bebido en su niñez las aguas del Marañón ó del Orinoco, ni recreando sus ojos infantiles en las cimas del Cuzco ó de los Andes, ni descansado de sus juegos á la sombra de las ceibas ó las palmas. Nada tiene que ver el protagonista de este cuadro con Incas ni con Tlascaltecas, ni sabe cosa alguna en sus primeros años de las Antillas, ni de las Californias. Quien aspire á conocer el país de donde es oriundo, recorra las aldeas de la antigua Cantabria, ó los concejos de Asturias, ó las parroquias de Galicia: tome á su antojo una partida de bautismo, y, llámese como quiera de nombre y apellido el sujeto á quien corresponda, se las há de seguro con el padre, deudo ó amigo de un Indiano, ó con el mismo Indiano en persona. Pocos días de residencia en cualquiera de esos pueblos le bastan para enterarse á fondo del instituto unánime y vocación firme

del cuajado enjambre de chicos que allí pululan: sólo un fanático por la milicia, sólo un hombre, cuyos marciales ensueños se balanceen entre broqueles y arcabuces, columbrará en ellos inclinación á las armas, sólo quien delire por la agricultura contará con la robustez de aquellos brazos para el cultivo de las propias tierras. Mas, como, por fortuna de la ciencia y por desgracia del individuo, sabe al dedillo todo español, que la prostración es el invierno de las naciones, imagen fúnebre se les presentará más viva al trasladarse al centro de esos muchachos gallegos, asturianos y montañeses, por cuya circunferencia gira nuestro relato, ha de compararlos sin duda á estas bandadas de golondrinas que buscan en más suaves climas amparo contra las nieves y las escarchas que yerman los vergeles donde fabricaran sus nidos: como ellas emigrarán á centenares apenas consigan desplegar al viento sus alas, y mientras llega ese día forman en conjunto un abundoso plantel de Indianos.

A duras penas mataréis el tiempo en una aldea, si no pasáis tres ó cuatro ho-

ras al día en la esquina de una calle ó en el ángulo de una plaza. De este modo observando de cerca á esos chicos, y os persuadiréis de que cuanto les rodea sirve de jugoso pasto al único pensamiento que les anima y crece con ellos y con ellos se desarrolla. Si descubris algún muchacho que va por leña, no le perdáis de vista: el camino que conduce al monte es más llano y espacioso que todos los de la comarca, y antes de aprender el Credo, sabía el leñadorcito ser obra de un paisano suyo, que ganó pingüe fortuna á favor de veinte años de permanencia en Lima. Si á la caída de una tarde de verano tropezáis con un chicuelo que viene de apacentar cinco ó seis vaquillas y le preguntáis dónde se guarece de los ardores de la siesta, os ponderará cuán amena sombra le brindan las tapias de una fértil huerta contigua al prado, propiedad de un pariente suyo, si bien remoto, que regresó á su país cuando Méjico dejó de pertenecer á España. Acaso, sin apercibirnos de ella, se os cruce en angosta travesía algún rapáz para quien es árdua empresa sostener la vasija que lleva en la mano; pues si os viniera en

voluntad adquirir pormenores sobre aquel encuentro, insignificante según las apariencias, averiguaríais cómo hace un viaje cotidiano á la taberna en busca de media azumbre que el autor de sus días, natural de Reinosa, y vecino de Cartagena de Indias, tiene la humorada de costearle á su abuelo, un si es no es dado al mosto. Si sois observador profundo, hasta comprenderéis cómo el muchacho, que por su desdicha pasa la niñez endeble y enfermizo, disfruta como todos los de su edad de ese poderoso estímulo, de ese irresistible aliciente, bajo cuyo influjo merma de día en día la población española, porque desde el poyo ó tarima, testigo de sus dolencias, tiene fijos sus ojos de continuo en terrados y chimeneas de un magnífico edificio, propio de un sujeto á quien los ancianos del país vieron marchar vestido de paño burdo y con almadreñas, para volver con tres millones de reales, amén de un condado.

Aun cuando no llevo escrita ni una sola línea que no sea indispensable para el conocimiento, análisis y estudio del tipo, manantial de mis actuales inspira-

ciones, circunscribiré el asunto á más estrechos límites para que sobresalgan como es debido las brillantes formas del Aquiles de mi Iliada, del Godofredo de mi Jerusalém, del héroe de mi epopeya. Así como de una crisálida sale una mariposa, un montañés se convierte en Indiano; y á fuer de prácticos naturalistas conviene paremos mientes en el accidente más mínimo que concurra á tan importante metamórfosis.

Si eligiéramos por tipo á un gallego, le trasladáramos desde su hogar á la Coruña: si á un asturiano, forzoso era comenzar por llevarle á Vigo á toda costa; preferimos de buen grado á un montañés; y desde su aldea le trasladaremos vía recta á Santander. Allí le acompaña su padre ó pariente más cercano, siendo portador del producto de su última aranzada de tierra, vendida para satisfacer el flete del viajero y para la manutención de ambos, mientras una velera fragata cierra su registro y sopla viento favorable: en Santander se necesita nordeste hasta para ir á misa. Llegado el instante fiero, el montañés pimpollo, que se columpia entre dos ó tres lustros, responde

con suspiros á los consejos de su padre, y con sollozos á las exhortaciones de la mujer, en cuya casa se hospedan, y para demostrar si serán impertinentes, baste decir que la compungida dueña llevó al cuello por dije una moneda de la proclamación de Carlos III, solemnidad que coincidió con su nacimiento. Por último, en el muelle y con un pie en el bote, que ha de conducirle á bordo de la fragata, recibe el hijo de manos del padre un escapulario de la Virgen de las Angustias, dos bendiciones, tres abrazos y cuatro pesetas sevillanas: sentidas palabras y dolorosas frases dan fin á tan patético cuadro. Triste y macilento regresa el padre de familia al seno de la suya; por honda que sea la del chico desaparece de su corazón antes que el mareo de su cabeza; por copiosas y ardientes que broten sus lágrimas, caen, se hielan y confunden entre las primeras olas del golfo de Gascuña. Al doblar el cabo Finisterre hace crisis la existencia del adalid cántabro: bullen en su mente asombrosas ideas: le ofrecen á los ojos magníficas ilusiones pueblan sus sueños nunca vistas imágenes: en perpétuo éxtasis con su

porvenir sepulta su pasado en el Leteo: todo lo tiene delante, detrás nada; la golondrina engalana ya los espacios con su flexible vuelo: toca ya la crisálida en el primer período de su transformación: ya se nos presenta el montañés con sus ribetes del Indiano.

A las Indias, como al reino de los cielos, son muchos los llamados y pocos los escogidos. Todos los que dirigen su rumbo á tan encantados países van á romper lanzas como paladines de un torneo en que es reina la fortuna, dama voluble en sus gracias para los galanes á quienes concede sus favores, consecuente en sus crueldades para los infelices á quienes miró una vez con faz esquiva y desdeñosa. En tanto que vaga la fragata por esas azarosas y movibles sendas que trazan los vientos en los mares; en tanto que divisa las pintorescas playas de Cuba; descifremos sin hacinar jeroglíficos, emblemas ni conjuros, el inmutable sino de los rapaces que van á bordo de ella, escrito antes que saliera del astillero, en el voluminoso libro de los hados. Oigamos las palabras, estudiemos el carácter, observemos las acciones del montañésillo del

escapulario, diametralmente opuestas á las de un primo suyo que come en un mismo plato y duerme en su misma cama; así deduciremos de un modo infalible cuál se halla entre el número de los *escogidos*, y cuál sólo en el de los *llamados*.

ANTONIO FERRER DEL RÍO.
(*Los Españoles pintados por si mismos.*)

EL VEINTICUATRO DE CÓRDOBA.

INTRODUCCIÓN.

Una desgracia muy grande, cuyo recuerdo entristece todas las horas de mi vida, me tuvo encerrado, inmóvil y ocioso, toda la primavera de 1859, en la casa que primero fué de Séneca, y después de Ambrosio de Morales, hoy ocupada por la Administración de correos de Córdoba. La calle en la actualidad lleva el nombre del segundo de los ilustres propietarios de la casa; termina por una parte en la plazuela de Séneca, y uno de mis balcones caía á la calle de los Pompeyos, paralela á su vez de la de Munda. ¿Puede haber posición más literaria?

Junto con estas peregrinas coincidencias mi lamentable estado que convertía

en calabozo una mansión que en tiempos mejores hubiera sido para mí de delicias, sólo hallaba solaz mi espíritu en las meditaciones literarias, bálsamo preferible á cuantos la ciencia aplica y el dolor aplaude, en volver los ojos á los pasados siglos, sujetando sus hombros y sus cosas, sus libros y sus monumentos al examen de la crítica.

Naturalmente los escritores de Córdoba, que cuenta en este siglo, como en todos, muchos y de revelante mérito, se habían apresurado á ofrecer su noble amistad al inválido de la literatura madrileña, y mi casa á toda hora se hallaba convertida en un Panarsillo, con dulce consuelo de mi despedazado corazón.

Una tarde que, entre otras cuestiones, discutíamos amistosamente acerca de las bellezas y defectos de nuestro antiguo teatro, que en opinión de alguno de los presentes vale más que nuestra historia, con todas sus Covadongas, Pavias, San Quintines y Lepantos, y más que nuestra arquitectura, con todas sus Alhambras, castillos y catedrales; opinión de que yo hasta cierto punto participaba, si se consideraba nuestra historia en su tejido ex-

terno y plástico, en su forma literaria y artística, pues arte por arte, el teatro español solamente puede ser, si no eclipsado, igualado con su hermana la pintura, que á Calderón responde con Velázquez, á Lope con Murillo, á Alarcón con Rivera y á Tirso con Goya; cuando hubo cada cual de los presentes ponderando las cualidades que más predilección le merecían en su autor favorito, deshaciéndose éste en encomios de la rotundidad de Calderón, celebrando aquel la galanura y espontaneidad de Lope, y conviniendo todos unánimemente en que Tirso puede competir con Molière, así como Alarcón se dejó muy atrás á cuantos poetas filósofos hubo en su época, en España y fuera de España; viendo la discusión á punto de agotarse, que el repertorio de las alabanzas es por desdicha más pobre que el de las censuras, ocurrióseme suscitar, en concepto de mantenedor de tan curiosa liza, una cuestión de aquellas que pueden calificarse de verdaderos problemas literarios, por haber ocupado á los más insignes críticos y comentadores, desde Luzán y Montiano, hasta Hartzenbusch y Cañete.

Tentado estuve de sacar á plaza las

madres, ó mejor dicho la ausencia de las madres en nuestras comedias antiguas, fenómeno tan raro como digno de estudio, que presta materia á muy curiosas observaciones, pues no parece si no que nuestras damas y galanes de capa y espada fueran hijos de la Inclusa, según los vemos en el teatro campar á sus solas sin el más estrecho y dulce de los lazos sociales, desprovistos de esa inagotable fuente de ternura, que es para el hijo el amor de su madre, y de ese escudo contra la adversidad, consuelo en la pena y sol vivificante de la vida, que es la madre para el hijo. Pero esta cuestión me pareció demasiado compleja, demasiado abstracta, para tratada en un amistoso aerópago, á la cabecera de un enfermo, pocos días antes moribundo.

Acordóseme entonces otra, que me había parecido siempre no menos curiosa ni difícil; cuestión derivada del gran sentimiento cristiano que informó todas las instituciones de la antigua caballería; pero derivada quizá como del arroyo transparente el oscuro y cenagoso lago. Refiérome á la exageración del punto de honra de los maridos; tésis, aunque tam-

bien abstracta, aunque profunda, de una profundidad más amena, más varia, más digna de aquella ocasión y aquel lugar, pues para discutirla, solamente se necesita recurrir á la filosofía de la historia y á las costumbres históricas de los pasados siglos.

Más de una vez, en efecto, había yo cerrado *El médico de su honra* ó *A secreto agravio secreta venganza*, diciéndome á mi propio, que D. Pedro Calderón, exuberante y grandioso en sus defectos como en sus bellezas, había exagerado las pasiones de sus contemporáneos, que era imposible que aquellos caballeros tan corteses y galanes, que sacrificaban su vida por su dama, pusieran en ella la mano, para clavar en su corazón el puñal del asesino, y contaba en resumen este entre los lunares de nuestros autores del siglo de oro, que bien pudieron ignorar mucho de fisiología de las pasiones los que andaban en punto á costumbres, trajes y otras cosas, tan atrasados como cualquier niño de la escuela.

Grande fué mi asombro al reparar que mi proposición era acogida con extrañeza por los circunstantes, no con esa ex-

trañeza que causa la novedad, sino con la que produce un sentimiento enteramente contrario. Parecía que todos cayesen de las nubes al oírme, y confieso que mi amor propio quedó un tanto resentido de aquel fiasco, que era imposible atribuir á ignorancia de mi auditorio, *última ratio* de toda personalidad orgullosa.

VICENTE BARRANTES.

(Cuentos y leyendas.)

EL ACCIONISTA DE MINAS.

El bipedo infeliz que vamos á describir con el nombre de *Accionista de Minas*, es un ente *casi racional*, y nuevo en España, que se produce por adición ó por sustracción en la clase medianamente acomodada en nuestra sociedad. Antes de entrar en los pormenores de su formación, cúmplenos sincerarnos á los ojos de la generalidad de los accionistas de minas por el alarmante extremo de la casi racionalidad que en nuestra definición hemos ingerido. Protestamos ante todo que no hacemos alusión en este artículo á ninguno de los que racionalmente explotan el interesante ramo de la indus-

tria minera, haciendo de él un empleo más ó menos acertado, pero fundado, de un capital grande ó pequeño, como puede hacerse en cualquier otro género de industria. Estos pertenecen á la numerosísima, útil y heterogénea clase de especuladores en general, la cual no tiene tipo fijo y marcado, ni más objeto real que la *ganancia*; al paso que el ser *sui generis* á que aludimos, constituye una clase nueva enteramente aparte, cuyo distintivo peculiar es el *gusto de perder*.

Así pues, no es nuestro *Accionista de Minas* un cualquiera entre los muchos ciudadanos interesados en empresas mineras: nuestro *Accionista* no es ni el rico banquero que invierte una parte de sus pingües beneficios en la costosa compra de acciones de Linares, ó en el barranco Jaroso; ni el abogado rico de clientela que aventura una modesta porción de su capital en las minas con una esperanza prudente y racional de una buena ganancia, ni el antes pobre, ora afortunado; que por uno de los raros caprichos de la suerte, al recorrer, cuando era miserable, la escabrosa senda de una tierra ingrata, topó con un criadero de ese vil metal

cuya vileza ennoblece tanto al que llena con ella sus bolsillos. Nuestro *Accionista de Minas* no es banquero, ni abogado, ni magistrado, ni artista, ni hombre de ciencias, ó si algo de esto fué, ya no lo es. La minería y la metalurgia le han trastornado el seso, y todo lo ha olvidado por la furia de hacer agujeros en los montes de Toledo, ó en el campo de Cartagena: por el parricida anhelo de abrir pozos y socavones en el seno de la madre tierra, donde si no encuentra plata ú oro, va al menos enterrando bonitamente su dinero:—y he aquí como se constituye por sustracción el *Accionista de Minas*.

Que si el ente primordial que ha de entrar en la composición de un *Accionista* legítimo, no era ninguna de las cosas arriba dichas, ni tenía profesión alguna, ni tenía ningún capital moral que perder antes que la *minomanía* le acometiera; sino que era meramente un hombre que vivía de su renta, sin curarse más de lo que oculta la áspera corteza de la tierra que de lo que encubre el azulado velo del cielo; entonces es cuando en rigor se dice que el *Accionista* se constituye por adición; puesto que, á diferencia del pri-

mero, que para serlo tuvo que perder su profesión y una gran parte de su sano juicio, no necesita el segundo más que haber adquirido la epidemia reinante, y la precisa actividad para dejar su tranquilo hogar y echarse á correr por esos mundos en busca de pedruscos, sudando el quilo en el verano, y dando diente con diente en el invierno:—y he aquí por fin probada nuestra definición del *Accionista* que le denomina *ente casi-racional*.

Don Canuto R***, el *Accionista de Minas* más impertérrito que cubre el cielo de España, y que está interesado en diecinueve empresas mineras consagradas con patriótico celo al empeño de hacer producir oro y plata á todos los montes de ambas Castillas, es la personificación más acabada y exacta de la especie que vamos describiendo. Hasta el año de 1839 vivió dedicado con mediana suerte al comercio, y todo el mundo le tuvo por hombre asentado y sesudo; hasta entonces fué juicioso y mesurado en sus modestas empresas, jamás arriesgó dineros á la ventura, jamás encomendó al azar la más insignificante de sus ac-

ciones. Su vivir retrataba la compasada parsimonia de su alma; ni gastaba una peseta si podía comer con tres reales, ni pagaba por nadie en el café, ni andaba jamás de prisa, ni abría jamás su corazón al temor, á la esperanza ó al cariño, antes de pesar y analizar bien todos los motivos para amar, esperar ó temer. Pero desde la citada época de 1839, desde que empezaron á llenar la España las noticias de los felices descubrimientos hechos en Sierra Almagrera por don Miguel Soler y el tío Perdigón, trocóse de todo punto el sereno y reservado don Canuto: volvióse de repente hombre de acción y de movimiento, se apoderó de él el frenesí de los azares, el fanatismo de los descubrimientos, el vértigo de las empresas, el apetito brutal de la ganancia á poca costa, con hambre y sed inmoderada de plata y oro. Desde entonces perdió su juicio, su aplomo, su calma, su excesiva previsión: salió de quicio, se hizo aturdido, atropellado, hablador, crédulo, imprudente, temerario, corretón... ¡y por remate de cuenta, tramposo!!!

PEDRO DE MADRAZO.

(Los Españoles pintados por sí mismos.)

LA COMEDIA NUEVA

ACTO PRIMERO

ESCENA I

D. ANTONIO.—Pipí

(Don Antonio sentado junto á una mesa, Pipí paseándose.)

D. ANTONIO. Parece que se hunde el techo. ¡Pipí! Pipí. ¿Señor?

D. ANTONIO. ¿Qué gente hay arriba, que anda con tal estrépito? ¿Son locos?

Pipí. No, señor; poetas.

D. ANTONIO. ¿Cómo poetas?

Pipí. Sí, señor: ¡así lo fuera yo! ¡No es cosa! y han tenido una gran comida. Burdeos, Pajarete, Marrasquino; ¡uh!

D. ANTONIO. ¿Y con qué motivo se hace esa franquichela?

Pipí. Yo no sé; pero supongo que será en celebridad de la comedia nueva que se representa esta tarde, escrita por uno de ellos.

D. ANTONIO. ¿Conque han hecho una comedia? ¡Haya picarillos!

Pipí. Pues qué, ¿no lo sabía usted?

D. ANTONIO. No por cierto.

Pipí. Pues ahí está el anuncio en el *Diario*.

D. ANTONIO. En efecto, aquí está. (Leyendo en el *Diario que está sobre la mesa*.) COMEDIA NUEVA INTITULADA GRAN CERCO DE VIENA. ¡No es cosa! Del sitio de una ciudad hacen una comedia. ¡Si son el diantre! ¡Ay amigo Pipí! ¡Cuánto más vale ser mozo de café que poeta ridículo!

Pipí. Pues mire usted, la verdad, yo me alegrara de saber hacer así alguna cosa...

D. ANTONIO. ¿Cómo?

Pipí. Así de versos... ¡Me gustan tanto los versos!

D. ANTONIO. ¡Oh! los buenos versos son muy estimables: pero hoy día son tan pocos los que saben hacerlos, tan pocos, tan pocos...

Pipí. No, pues los de arriba bien se conoce que son del arte. ¡Válgame Dios! ¡Cuántos han echado por aquella boca! Hasta las mujeres.

D. ANTONIO. ¡Oiga! ¿También las señoras decían coplillas?

Pipí. ¡Vaya! Hay allí una doña Agustina, que es mujer del autor de la comedia... ¡Qué! Si usted viera... Unas décimas componía de repente... No es así la otra, que en toda la mesa no ha hecho más que retozar con aquel don Hermógenes, y tirarle miguitas de pan al peluquín.

D. ANTONIO. ¿Hermógenes está arriba? Gran pedantón!

Pipí. Pues con ese se estaba jugando, y cuando le decían: «Mariquita, una copla, vaya, una copla,» se hacía la vergonzosa, y por más que la estuvieron azuzando á ver si rompía, nada. Empezó una décima y no la pudo acabar, porque decía que no encontraba el consonante: pero doña Agustina, su cuñada... ¡Oh! aquella sí. Mire usted lo que es... Ya se ve, en teniendo vena...

D. ANTONIO. Seguramente. ¿Y quién es ese que cantaba poco há, y daba aquellos gritos tan descompasados?

Pipí. ¡Oh! Ese es don Serapio.

D. ANTONIO. Pero ¿qué es? ¿qué ocupación tiene?

Pipí. El es... mire usted: á él le llaman don Serapio.

D. ANTONIO. ¡Ah! sí. Es aquel bulli bulli que hace gestos á las cómicas, y las tira dulces á la silla cuando pasan, y va todos los días á saber quién dió la cuchillada; y desde que se levanta hasta que se acuesta no cesa de hablar de la temporada de verano, la

chupa del sobresaliente, y las partes de por medio.

Pipí. Ese mismo. ¡Oh! Ese es de los apasionados finos.

Aquí se viene todas las mañanas á desayunar; y arma unas disputas con los peluqueros, que es un gusto oírle. Luego se va allá abajo, al barrio de Jesús; se juntan cuatro amigos, hablan de comedias, altercan, ríen, fuman en los portales; don Serapio los introduce aquí y acullá hasta que dá la una; se despiden, y él se va á comer con el apuntador.

D. ANTONIO. ¿Y ese don Serapio es amigo del autor de la comedia?

Pipí. ¡Toma! Son uña y carne. Y él ha compuesto el casamiento de doña Mariquita, la hermana del poeta, con don Hermógenes

D. ANTONIO. ¿Qué me dices? ¿D. Hermógenes se casa?

Pipí. ¡Vaya si se casa! Como que parece que la boda no se ha hecho ya porque el novio no tiene un cuarto ni el poeta tampoco; pero le ha dicho que con el dinero que le den por esta comedia, y lo que ganará en la impresión, les pondrá la casa y pagará las deudas de don Hermógenes, que parece son bastantes.

D. ANTONIO. Si serán, ¡cáspita si serán! Pero y si la comedia apesta, y por consecuencia ni se la pagan ni se vende, ¿qué harán entonces?

Pipí. Entonces ¿qué sé yo? ¡Pero qué! no, señor. Si dice D. Serapio que comedia mejor no se ha visto en tablas.

D. ANTONIO. ¡Ah! pues si don Serapio lo dice no hay que temer. Es dinero contante, sin remedio. Figúrate tú si don Serapio y el apuntador sabrán muy bien dónde les aprieta el zapato, y cuál comedia es buena y cuál deja de serlo.

Pipí. Eso digo yo; pero á veces... Mire usted, no hay paciencia. Ayer, ¡qué! les hubiera dado con una tranca. Vinieron ahí tres ó cuatro á beber

ponche, y empezaron á hablar de comedias; ¡vaya! yo no me puedo acordar de lo que decían. Para ellos no había nada bueno; ni autores, ni cómicos, ni vestidos, ni música, ni teatro. ¿Qué sé yo cuanto dijeron aquellos malditos? Y dale con el arte, el arte, la moral, y... Deje usted: las... ¿Si me acordaré? Las... ¡Válgame Dios! ¿Cómo decían? Las... reglas... ¿Qué son las reglas?

D. ANTONIO. Hombre, difícil es explicártelo. Reglas son unas cosas que usan allá los extranjeros, particularmente los franceses.

PIPI. Pues, ya decía yo: esto no es cosa de mi tierra.

D. ANTONIO. Sí tal: aquí también se gastan, y algunos han escrito comedias con reglas, bien que no llegarán á media docena (por mucho que se estire la cuenta) las que se han compuesto.

PIPI. Pues ya se ve: mire usted; ¡reglas!... No faltaba más. ¿A qué no tiene reglas la comedia de hoy?

D. ANTONIO. ¡Oh! eso yo te lo fio: bien puedes apostar ciento contra uno que no las tiene.

PIPI. Y las demás que van saliendo cada día tampoco las tendrán: ¿no es verdad, V.?

D. ANTONIO. Tampoco. ¿Para qué? No faltaba otra cosa sino que para hacer una comedia se gastaran reglas. No, señor.

PIPI. Bien: me alegro. Dios quiera que pegue la de hoy, y luego verá V. cuántas escribe el bueno de don Eleuterio. Porque, lo que él dice: si yo me pudiera ajustar con los cómicos á jornal, entonces... ¡ya se ve! Mire V. si con un buen situado podía él...

D. ANTONIO. Cierto (Ap... ¡Qué simplicidad!)

PIPI. Entonces escribiría. ¡Qué! todos los meses sacaría dos ó tres comedias. ¡Como es tan hábil!

D. ANTONIO. ¿Con que es muy hábil, eh?

PIPI. ¡Toma! Poquito le quiere el segundo barba; y si en él consistiera, ya se hubieran echado las cua-

tro ó cinco comedias que tiene escritas; pero no han querido los otros; y ya se ve, como ellos lo pagan... En diciendo no nos ha gustado, ó así, andar ¡qué diantres! Y luego como ellos saben lo que es bueno; y en fin; mire V. si ellos... ¿No es verdad?

D. ANTONIO. Pues ya.

PIPI. Pero deje V., que aunque es la primera que le representan, me parece á mí que ha de dar golpe.

D. ANTONIO. ¿Conque es la primera?

PIPI. La primera. ¡Si es mozo todavía! Yo me acuerdo... Habrá cuatro ó cinco años que estaba de escribiente ahí, en esa lotería de la esquina, y le iba muy ricamente: pero como después se hizo paje, y el amo se le murió á lo mejor, y él se había casado de secreto con la doncella, y tenían ya dos criaturas, y después le han nacido ya otras dos ó tres; viéndose él así sin oficio ni beneficio, ni pariente ni habiente, ha cogido y se ha hecho poeta.

D. ANTONIO. Y ha hecho muy bien.

PIPI. ¡Pues ya se ve! lo que él dice: si me sopla la musa, puedo ganar un pedazo de pan para mantener aquellos angelitos, y así ir trampeando hasta que Dios quiera abrir camino.

L. F. DE MORATÍN.

